

JAMES M. CAIN



**Ligeramente
escarlata**

La ciudad de Baby City está dominada por Solly Caspar, un *gangster* que tiene comprado al alcalde y al jefe de policía. Con motivo de las elecciones, Caspar sobrepasa todos los límites y asesina al editor del periódico local, que le hostiga desde sus páginas, por lo que tiene que huir a México. La corrupción en las altas esferas de una ciudad como resultado de la infiltración de los *gangsters* en la vida política y pública.

En 1956 fue adaptada al cine con el mismo título, dirigida por Allan Dwan y protagonizada por John Payne, Rhonda Fleming, Arlene Dahl, Kent Taylor, entre otros.

Lake City es una ciudad imaginaria y sus habitantes son ficticios, del mismo modo que las situaciones en las que se ven involucrados son inventadas; no representan, ni se pretende que sea así, lugares, personas ni acontecimientos reales.

1

Un hombre alto, de hombros recios, entró por la puerta giratoria y se dirigió hacia los ascensores. Tras pulsar el botón de llamada, se dedicó a contemplar el vestíbulo. Era de lo más corriente, igual a todos los vestíbulos de los hoteles de primera categoría que hay en todas las ciudades de segundo orden de Estados Unidos. Poseía un llamativo y confortable mobiliario, luminosos rótulos verdes sobre los grandes ventanales; cuadros al óleo que representaban lagos, ríos y bosques, y pesadas urnas, llenas de arena, para echar los cigarrillos. Mesas, pupitres y cabinas, ocupados por mujeres de variados uniformes, le otorgaban un aire de suma consagración en tiempo de guerra. No obstante, parecían darle una pequeña nota de mala fama. Tal vez tenía algo que ver con ello su clientela, que, en ese instante, concluido su almuerzo, salía del comedor, del bar y de los lavabos, recogía sus sombreros y se apresuraba a marchar de allí. La concurrencia se hallaba compuesta por hombres de evidente corte político y mujeres tirando a guapas; gente de la que se suele encontrar detrás de las mesas de los ayuntamientos. Y en realidad era así; pues muchas de aquellas personas, después de abandonar el hotel, formaban grupos y se dirigían andando hacia el ayuntamiento. Los guardias de tráfico hacían sonar el silbato cada vez que aparecía uno de aquellos grupitos. El singular rito producía un extraño efecto, como si los vehículos que quedaban detenidos formaran un impaciente y jadeante Empire State Express.

Sin embargo, el hombre que esperaba el ascensor apenas se daba cuenta; pues, al formar parte de ello, era incapaz de verlo. Medía al menos un metro ochenta de estatura, y su porte daba a entender que, en algún momento de su vida, había sido un atleta profesional. Su rostro, en cambio, difería del resto de su cuerpo. Aunque no distaba mucho de los treinta, tenía una cara juvenil, y sus facciones, en contraste con lo que eran pómulos, mandíbulas y mentón, eran curiosamente pequeñas. Pero esto no impedía que tuviese un magnífico porte masculino. Tenía el pelo rubio, aunque con el oscurecimiento que caracterizaba a esta clase de cabello a finales de los años veinte. Sus ojos eran azules y su piel mostraba el bronceado de muchas temporadas. Sus pasos, al entrar en el ascensor, eran ligeros. Subió hasta el séptimo piso, salió de la cabina y echó a andar por el pasillo. Se detuvo delante de una puerta sin número y pulsó el timbre. Descorrieron una mirilla de ranura. Luego, le abrieron la puerta y entró.

La habitación era espaciosa, con el mobiliario usual de un hotel, y había en ella un piano de cola, esmaltado de verde y moteado de oro. Al pasar ante él acarició el teclado. Dejó escapar un ruido sobrecogedor. Se dirigió a un despacho que había junto a la enorme estancia. Detrás de un escritorio estaba sentado *Mr. Sol Gaspar*, propietario del hotel. No poseía un buen porte masculino, ni de ninguna otra clase. Era un hombre de unos treinta y cinco años, bajo y rechoncho. Aunque estaban en un día cálido de mayo y la gente del vestíbulo se tocaba con sombreros de paja, él vestía un recio terno de color marrón, con un pañuelo haciendo juego, y zapatos fabricados a su medida. Sobre el timbre había una estrella de seis puntas y en el marco de la puerta aparecía otro emblema judío. Pero no eran otra cosa que meros caprichos, o tal vez amaneramientos por razones comerciales. En realidad, carecía de contactos hebreos, pues su verdadero nombre era *Salvatore Gasparro*, y no había duda de que su origen italiano

le impulsó a bautizar el hotel con el nombre de «Columbus», héroe popular entre los italoamericanos.

Estaba haciendo solitarios, con el sombrero echado hacia la nuca, y ni siquiera levantó la cabeza cuando el hombre entró y tomó asiento. No se dignó alzar la vista hasta transcurrido un buen rato, cuando apareció un botones, dejó un paquete sobre el escritorio, lo abrió y se marchó andando de puntillas. No tardaría mucho, sin embargo, en dejar los naipes y dedicar su atención al paquete. Era un álbum de discos. Lo puso sobre un fonógrafo que había detrás de él, junto a la pared, y apretó un botón. Volvió a sentarse ante su escritorio, encendió un cigarro y se quitó el sombrero. Los discos eran de la ópera *Il Trovatore* y evidentemente contaban con su aprobación. Cuando el tenor cantó un aria de notas agudas, lo escuchó dos veces; pero cuando el segundo tenor empezó a ofrecer un recitado lento, entonces se aburrió y desconectó el aparato.

Por fin saludó a su visitante, que estaba sentado frente a él y que, era obvio, no se sentía fascinado por la música. Con voz tosca y elevada, aunque sin ningún vestigio de acento, dijo:

—¿Qué hay, Benny?

—Hola, Sol.

—¿Cómo te tratan?

—Bien, hasta ahora.

—¿Te han reclutado ya?

—No, todavía conservo mi hernia del fútbol.

—Oh, eso está bien. ¿Qué harás esta noche?

—Me parece que olvidas que es mi día libre.

—No he dicho que no lo sea. Te he preguntado qué vas a hacer.

—Nada, que yo sepa ahora. ¿Por qué?

—Un pequeño trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—No te lo tomes así, Benny. Ya sabes que no te llamaría para ningún asunto feo. No es nada que pueda preocuparte. Se trata de un mitin político.

—¿Y en qué consiste?

—En que los votantes se reúnen y deciden quién no va a ser elegido. O eso es lo que he oído decir. Jamás asistí a ninguno.

—¿Y cuál es mi misión?

—Echar un vistazo.

—Sigo sin entender nada.

—Tienen a un sueco que se presenta para alcalde. Un estúpido que se atreve a proclamar que viene a por mí. Es hora de que yo sepa lo que se propone.

—¿Te refieres al lechero, a Jansen?

—Sí, a ése.

—¿Y cómo sabré lo que se propone?

—Puede que no logres enterarte de las cosas importantes, pero no irá mal que veas quién anda por allí. Ésa es la idea principal.

—No conozco a ninguno de esos pájaros.

Los ojos de Caspar constituían la parte más llamativa de su cara. Eran de color castaño oscuro, y estaban tan faltos de sincronización que cuando enfocaban a un objeto parecían dos ojos de cristal. Primero se clavaron en Ben Grace, y, a continuación, iniciaron un parpadeo maniático. Cuando habló, lo hizo a gritos, con la voz temblando de rabia.

—Escucha, Ben; ahora mismo te marchas sin decir palabra, y procura darte prisa para llegar a tiempo. Si sólo hay votantes, bueno. Pero si ese tipo tiene amigos, debo saberlo. Hoy mismo me han dado el soplo de que lo respaldan con mucho dinero, que se supone emplearán contra mí. Tú sabes quiénes son, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Y puedes ver si están allí, ¿no es cierto? Si te lo propones, puedes averiguar lo que están tramando, ¿eh?

—De acuerdo, Sol. Pero no grites.

—Y comunícame lo que descubras.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Dónde es el mitin?

—En el instituto Dewey.

—Bien; estaré allí.

—No dejes de hacer hoy lo de los corredores de apuestas.

—¿Cómo me pides eso? ¿No te basta con que trabaje esta noche? Era mi día libre.

Los ojos de Caspar se clavaron otra vez en Grace. Abrió la boca para decir algo, pero en aquel momento entró *Mrs.* Caspar. Era una italiana bajita, gorda, de ojos brillantes, y traía de la mano al pequeño Franklin, de cuatro años. Grace, al verla entrar, se puso en pie. Ella le dirigió un amable asentimiento de cabeza, y luego empezó a facilitar a su marido el informe del dentista respecto a los dientes de Frankie. Ben, después de darle a Frankie un pique, se dispuso a marcharse. Pero Caspar no se había olvidado de él.

—¿Qué me contestas, Benny?

—De acuerdo.

Cuando Grace cruzó otra vez la espaciosa estancia había en ella dos hombres sentados. Uno se llamaba Bugs Lenhardt y estaba leyendo un periódico cerca de la puerta, desde donde podía controlar bien la mirilla de ranura. Era joven, bajo y de mirada vaga. El otro, Lefty Gauss, el que le había abierto la puerta antes, se puso en pie y se marchó con él. Era de estatura mediana y estevado, con el cabello vetado de gris y un aspecto franco y amigable, que recordaba granjas y otras cosas de vida sana. Pero se trataba de un asesino que había cumplido muchas penas. Las vetas grises de su pelo se debían a operaciones realizadas por los médicos, a quienes habían dicho que se lo

quitasen de encima como fuese sin emplear con él excesivas delicadezas.

Los dos hombres permanecieron silenciosos delante del ascensor y luego bajaron al vestíbulo, salieron juntos a la calle y se metieron en un bar cercano, pronunciando tan sólo unas cuantas palabras melancólicas. Cuando se acomodaron en un rincón oscuro, Ben empezó a hablar, mientras Gauss escuchaba atento.

Ben estaba cargado de quejas, algunas triviales, por ejemplo que Caspar le llamara Benny; pero otras eran vitales, como lo referente al uso de las armas de fuego. A Ben no le gustaba, y trataba de hacerle comprender que no era por miedo, sino por una cuestión de ciudadanía. Insistió en que su trabajo, en primer lugar, nunca le agradó, salvo temporalmente, cuando una lesión acabó con su carrera de jugador de *rugby*, y mencionó su negativa a ponerse el uniforme como prueba de su alto grado de dignidad. Sin embargo, algún capcioso criticón le sopló al oído que los probos ciudadanos, por regla general, no se convierten en chóferes, con uniforme o sin él, de conspicuos granujas. Lefty escuchaba con simpatía, agitando la cerveza de su vaso para hacer que subiera la espuma, asentía y aportaba algún que otro comentario de comprensión.

—Bueno, tú lo pasas mal, estoy seguro —dijo—. Pero fíjate en mí; yo lo paso peor.

—Pero a ti te da un día libre.

—No siempre.

—Y no te tiene atado al volante de un coche que está inerte por delante y blindado por detrás. Además, cada vez que se sube te hace ir por sabe Dios qué calles.

—¿Quién te ha dicho que a mí no me hace esas cosas?

—¿Cómo? ¿Te las hace también?

—Hoy mismo.

—Dime qué ha sido, Lefty.

—Pues que me ha caído un atraco; sólo eso.

—No he oído nada acerca de eso.

–Todavía no se ha hecho. Lo preparan para esta tarde... Un banco de Castleton; el truco del último cliente a la hora del cierre. Eso si es que entran. Apuesto cinco contra uno a que no.

–Pronto lo vas a saber. Son las tres y media.

–Castleton tiene el horario de la montaña.

–Es cierto, lo había olvidado.

–Ben, ¿te has repartido alguna vez un botín?

–No conozco a ningún maleante.

–Cuatro insensatos muchachos, de dieciocho a veinte años, tan asustados que se les caía la baba, dos de ellos drogados de coca hasta las orejas, con los tirantes estirados por el peso de las pistolas en la cintura. Y Sol que se lleva la mitad, ¿entiendes? Para protección, para darles un sitio donde esconderse, dice sin más explicaciones. Bueno, él asegura que parte de ello es para los polis, pero eso a mí no me dice nada. Imagínate pasta abundante, extendida sobre la cama en una habitación del hotel Globe. Y los muchachos que se ponen a besarla, a saborearla y olería. Y allí me tienes a mí, sin haber visto antes a ninguno de ellos, sin amigo alguno en la pandilla. Yo tengo que coger la mitad y largarme. Y con la posibilidad de que Sol me traicione, de que no se haya encargado de los polis; de que caigan sobre mí, y pasen diez años hasta la próxima cerveza. Bueno, pues ahora viene lo bueno. Por todo eso, Solly se descuelga y me da cien pavos.

–¿Y por qué nos conformamos con lo que nos da?

–Verás, por una cosa; no es recomendable ir contra Sol. Y yo... No me queda más remedio. Ya no soy lo que era. Ya no me llama nadie. Para darme algún trabajo, me refiero. Tengo que seguirle la corriente. Tú, desde luego, eres distinto.

–¿En qué?

–No eres un granuja como nosotros.

–No sé lo que quieres decir con eso, Lefty.

–Bueno..., nada.

–Suenas como si hubiera algo más.

–A menos que me preguntes...

–Está bien, desembucha.

–Un granuja no es un ladrón, ni tampoco un ser honrado. Es una cosa intermedia.

–Puede que el tipo sea sólo un hombre listo.

–No te digo que no lo sea. Pero sí te digo que yo no lo soy. Él toma las cosas donde puede; vive y deja vivir. Y no quiere problemas. Si es capaz de retener lo que tiene, morirá rico y de muerte natural, con un certificado del médico de cabecera, no del forense. Pero, en cambio, no será nunca un buen operador.

–¿Y eso por qué?

–Un buen operador dirige, no actúa.

Lefty hizo entonces una disquisición acerca del uso de la fuerza. Mientras a Sol no le importaran los medios que se empleasen y a Ben sí, Sol llevaría las de ganar.

Aunque lo dijo con diplomacia, Ben parecía resentido. Lefty añadió:

–Escucha, no te enfades por eso. Porque tal vez seas tú el único listo. Tú estás ahorrando dinero todo el tiempo y confío en que te lleves tus ahorros lejos de aquí, a cualquier parte. Eres joven y, cuando caiga Sol, siempre podrás encontrar un trabajo.

–¿Quieres decir con eso de «cuando caiga»?

–Oh, claro que caerá.

–¿Te estás refiriendo a ese sueco, Jansen, que se presenta para alcalde?

–No tiene la menor posibilidad.

–Pues tiene preocupado a Sol.

–¿Quieres decir que ganará el alcalde Maddux?

–Yo no lo entiendo bien.

–Bueno, el principal beneficiario de esta Administración es Sol, ¿no? Los muchachos tenían que idear la manera de hacerle apoquinar su parte. Así que Maddux le dijo quién respalda a Jansen.

—¿Estás hablando de Delany?

—Estoy hablando de nuestro malvado joven jugador de polo y bebedor de *whisky* de corbatín blanco llamado Bill Delany, que se hace pasar por un caballero y un jinete, pero que en realidad es un matón y un corredor de apuestas, y a quien Sol no tiene más remedio que tragar y admitir en el negocio porque posee buenos contactos en Chicago. Por esa razón, Solly le odia a muerte. Pero Maddux no tiene que hacer más que guiñar el ojo para que acuda a su lado, aunque no le guste. No creo que Delany tenga nada que ver con el sueco, pero nunca se sabe. A Solly podría derribarlo ése o cualquier otro. Por un buen puñado de pasta hay mucha gente dispuesta a hacer lo que sea. Cualquiera que vea su punto flaco lo hará.

—¿Y luego?

—Tú estarás bien y yo no.

—Pero hasta entonces yo seguiré siendo su *setter* inglés.

—¿Su... qué, Ben?

—Lefty, un *setter* es un perro. Tienes que haberlos visto. Son blancos con manchas grises. No ladran, no cazan ni pelean. Y cuando señalan un pájaro puedes estar seguro de que es un pájaro y no una mofeta. En otras palabras, ése soy yo. A eso voy al mitin de esta noche.

—Yo no dije tanto, Ben.

—Menuda pareja somos tú y yo.

—Bueno, cuando te vean por allí, nadie se va a alarmar. Puedes creerme. Pero, si son hampones, casi seguro que se imaginarán algo. Yo ya me lo figuro. Dirás lo que quieras, pero tú y yo somos mejores que Solly.

—Eso no es decir mucho.

—Es no decir absolutamente nada. Bien mirado, lo prefiero a parecerme a Solly.

—Si eso sirve de algo, entonces de acuerdo.

—Dos cervezas a tu cuenta, Ben.

Los establecimientos de apuestas que Ben tenía asignados estaban situados, de forma clandestina, en edificios de la parte comercial de la ciudad. Pero, al existir una diferencia horaria de dos horas respecto al Oeste, nada podía hacer en ellos hasta las siete. Después de dejar a Lefty, se metió en el Lake City RKO para matar el tiempo. El cine llevaba el nombre de la ciudad, la cual tenía doscientos veinte mil habitantes, cámara de comercio, un aeropuerto, prosperidad de guerra y acento del Medio Oeste. Proyectaban una peliculilla agradable interpretada por Ginger Rogers; pero en la que más aplaudió y rió, ruidosamente, fue en la de Abbott y Costello. Cuando salió, eran casi las seis, y se fue a su hotel. Tenía el nombre de «Lucas», y en la marquesina de la entrada habían escrito «1,5 y 2 dólares». Su habitación, por la que pagaba ocho dólares semanales, estaba en la primera planta. No se molestaba en tomar el ascensor. Se dirigió a la escalera con aire tranquilo y distraído; pero antes se detuvo en recepción para saber si había recibido alguna llamada. Su habitación era pequeña, de una sola cama, y tenía una mesita de noche, una lámpara para leer, dos sillas rectas, un silloncito y dos acuarelas que representaban capuchinas. No prestó la menor atención a nada. Arrojó el sombrero sobre la cama, se quitó la chaqueta y la camisa y entró en la ducha. Se acercó al lavabo y se lavó la cara, orejas y cuello, y mientras lo hacía se resaltaba la musculatura de sus brazos. Se secó con una toalla y la devolvió a su toallero, doblada del mismo modo que la había encontrado. Después se peinó, colocando la guedeja en su sitio, con mucho esmero, mediante delicadas pasadas con el peine. Empleó en ese ritual más tiempo del que parecía justificado.

Volvió a la habitación y se fijó en la camisa. Al ver el cuello hizo un gesto de desaprobación y la metió en el cesto de la lavandería, que estaba dentro de un armario.

Luego, de la parte superior del mismo armario, seleccionó otra. Se la puso, eligió una corbata que hiciera juego y, cuando se hubo alisado ambas prendas con la palma de la mano, para que quedaran bien colocadas en su sitio, se embutió el faldón dentro de la cintura y se apretó la correa. Sus movimientos eran precisos, y su persona, pulcra. Pero había cierta pequeñez en todo aquello. Con su rostro aniñado y dentro de esa reducida habitación, junto a los limpios montoncitos de sus bien ganadas posesiones, resultaba difícil darse cuenta de que pesaba más de noventa kilos. Una vez arreglado, salió del hotel y echó a andar por la calle hasta el Savoy Grill, donde entró y pidió la cena. Después se fue andando al hotel Columbus, recogió del cajero una pequeña cartera de mano y visitó el primer establecimiento de apuestas, que se hallaba en la planta baja del Coolidge Building, situado a continuación de los ascensores. Estaba lleno de hombres de talante jovial, pues habían ganado dos favoritos y estaban allí para cobrar sus apuestas. Con la enorme pizarra a un lado del local y la atmósfera comercial que allí reinaba, aquello recordaba la oficina de un corredor de bolsa de Wall Street. Ben no intentó hacer una revisión a fondo de cuentas. Se limitó a aceptar el total de una máquina sumadora, metió en la cartera el dinero y los talonarios y se fue en busca del establecimiento siguiente. A las ocho menos cuarto, cuando ya había completado la ronda, dejó la cartera en el Columbus. Pero antes la precintó, pegando una etiqueta sobre el cierre. Regresó andando a su hotel, cruzó el vestíbulo y se dirigió al cobertizo del fondo donde estaba el aparcamiento. Su coche era un cupé pequeño de color granate, muy brillante y con neumáticos blancos. Entró y se sentó, anotó la gasolina en una libretita roja que sacó del bolsillo y se puso en marcha.

Por regla general, las campañas para las elecciones municipales se celebraban en primavera y los comicios en mayo, y el candidato ganador tomaba posesión de su cargo el día primero de julio. Era lo que estaba ocurriendo en el auditorio del instituto de enseñanza media John Dewey una calurosa noche en que la gente acudía vestida con ropa de primavera y sombreros de paja. La concurrencia, sin embargo, no era muy numerosa. Tal vez hubiera allí reunidas unas quinientas personas, que ocupaban la mitad del auditorio. Lefty, al parecer, había previsto bien cómo iban a ser los seguidores de Jansen. Gente callada y de aire pueblerino. Aunque Ben parecía allí un poco fuera de lugar, le sonrieron amables cuando subió los escalones del salón y le abrieron paso para que se sentase. Ocupó un asiento cercano a la puerta y dio comienzo a un minucioso escrutinio de todos los rostros que alcanzaba a ver. Al entrar los candidatos, se unió a los aplausos, y cuando comenzaron los discursos frunció el ceño esforzándose por concentrarse en lo que decían.

Lo que se decía allí, ¡ay!, era poco serio. El tópico común se centraba en las ofensas contra Caspar, instigadas por la maquinaria de Maddux. Pero nadie parecía conocer muy bien en qué consistían, y todos dejaban para los demás la patata caliente de la acusación. Cuando se puso a hablar Jansen, Ben sufrió una grave decepción. Era un hombre rechoncho, de cara rosada y bien parecido, con un bigotito rojizo. Tenía un acento cerrado. Dijo muy poco, aparte de referir que Caspar había atacado a los conductores de sus camiones de leche, «... y *pogr eso me he desidido a atacagr a Caspagr*». El mitin estaba siendo un fracaso hasta que el presidente, casi como una ocurrencia tardía, presentó a una muchacha, que tomó el uso de la palabra cuando la gente ya se agolpaba en las puertas de salida.

Era bonita, pese al tono de maestra de escuela que empleaba al hablar. Frisaba los veinticinco años, tenía una